

HOJA DE DIÁLOGO

Nombre y Apellido: Ricardo A. Guibourg

Eje temático: 1 – Derecho y Lenguaje.

Título: *Las trampas lingüísticas de las ciencias sociales*

Las ciencias deductivas, como las matemáticas y la lógica, no describen el mundo: ofrecen esquemas que, superpuestos a su observación, nos permiten manejarlo con cierta comodidad. Las ciencias empíricas sí tratan de describir el mundo: lo hacen a partir de la observación empírica y con la ayuda de la inducción y la experimentación. Entre ellas se distingue entre ciencias naturales y ciencias sociales. Las primeras permiten explicar y predecir los fenómenos con cierta eficiencia práctica; las segundas lo intentan, pero sus alcances, sobre todo los predictivos, son mucho menores.

Para justificar eso, suele decirse que los fenómenos sociales son más complejos que los naturales, y que las ciencias del hombre buscan ante todo “comprender”. Pero comprender no es otra cosa que explicar y predecir, y las ciencias naturales tratan con buen éxito fenómenos sumamente complejos, como el del ADN. Sostengo que el problema de las ciencias sociales (sociología, ciencia política) es que no han logrado todavía liberarse de las emociones políticas, como en el Renacimiento lo hicieron las naturales. Es más: a veces consideran necesario mantener ese vínculo.

Política y conocimiento no son antitéticos entre sí, pero son distintos y su mezcla desvía el camino de la investigación científica. Esto puede comprobarse en ciertos giros lingüísticos que parecen provocar brechas filosóficas profundas. Por ejemplo, cualquier ciencia empírica busca conocer y describir la realidad, lo que supone que hay una realidad que puede conocerse con métodos apropiados. Pero en ciencias sociales es común afirmar que cada sujeto, o cada grupo cultural, tiene su propia realidad. Lo que razonablemente quieren decir es que cada sujeto tiene su propia visión de la realidad, puede describirla a su manera, sostener sus creencias y aplicar sus propios juicios valorativos. Es claro: todo eso es subjetivo. Pero si a eso se le llama *realidad*, y si esa liviana denominación se toma en serio, ya no queda nada que describir ni discutir, puesto que la realidad de un sujeto – y con ella la verdad – puede ser totalmente diferente de la de otro sujeto, o de otro grupo cultural. ¿Realmente pensamos que la Tierra puede ser al mismo tiempo redonda para unos y plana para otros? Si sostenemos eso, y si lo sostenemos en serio, perdemos toda oportunidad de hacer una ciencia, ni social ni natural. Pero los que así piensan no aplican su tesis al acto de esperar el colectivo en la esquina, sino para perorar sobre el respeto de las diferencias culturales, lo que muestra una grave incoherencia del pensamiento.

La necesidad de respetar al otro es indiscutible; pero una cosa es respetarlo y otra decirle que *tiene razón* en todas sus creencias sobre la realidad material y empírica, no ya sobre sus tradiciones sociales, ideas morales u organizaciones políticas, sino sobre lo que se puede ver y tocar. No es lo mismo sostener una política social que afirmar que la Luna es una ilusión óptica: lo primero es un derecho; lo segundo es simplemente un error. Confundir estos planos conduce, precisamente, a frenar la evolución de las ciencias sociales.